

Los principales personajes del ejército estaban en desacuerdo respecto de la resolución que fuera necesario adoptar. Gamarra i demas jenerales peruanos, creian preferible continuar la retirada hacia la provincia de la Libertad, donde suponian equivocadamente que existian los recursos necesarios para la subsistencia de la tropa i pareciales una obra temeraria asaltar a Santa-Cruz en las fuertes posiciones que habia adoptado en los alrededores de Yungai.

Búlnes i Cruz, que pensaban de otro modo, convinieron en prepararse para la batalla, sin perjuicio de oír la opinion de una junta de guerra en que se manifestó unánimemente por los jefes peruanos, la imprudencia de semejante medida. (1)

---

(1) El coronel Placencia incurre en un error *a sabiendas* cuando dice en su *Diario Militar* (página 107) «que los jenerales de la junta resolvieron unánimemente que se marchara en busca del ejército de la Confederacion, que ocupaba a Yungai.»—Lo único que hai de positivo sobre esto, es que Búlnes i Cruz, en el consejo que tuvo lugar en San Miguel, se contentaron con escuchar la opinion opuesta de Gamarra i demas jefes peruanos, habiendo ya convenido en desentenderse del parecer del consejo i en pasar adelante. Esta es una de las muchas ocasiones en que el coronel Placencia, con mengua de su alto crédito i distinguido talento, puso su pluma, ya no al servicio de la verdad ni de la historia, sino de la vanidad del pueblo peruano.

El coronel don Nicolas José Prieto, cuyo testimonio invocamos de preferencia, nos escribia hace algun tiempo: «En la última junta de guerra, que se celebró en el campamento de San Miguel para deliberar sobre el partido que debia tomarse, si seguir la retirada hasta el departamento de la Libertad o atacar a Santa-Cruz en sus posiciones de Ancach, los dos jenerales chilenos estuvieron por lo último, esto es por dar la ba-

Los dos ejércitos permanecieron durante una semana separados por un espacio de dos leguas, sin que a ninguno de ellos le fuese dado retroceder, sin esponerse a ser obligado a combatir. El jeneral Santa-Cruz, habia hecho fortificar su campo de Yungai con parapetos de piedra i barro, que servirian de defensa a los batallones de infantería.

Seria difícil describir la ansiedad, el sobresalto, la preocupacion, que en esos dias solemnnes reinaba en los campamentos, desde la fogata del soldado, hasta la tienda de los jenerales. Todos vivian bajo la impresion aterradora de un suceso próxima, cuyo alcance i resultados era difícil preveer.

De las dos partes se empleaban medidas rigorosas de precaucion. Un jeneral hacia todos los dias la descubierta en el campamento enemigo, i del nuestro se enviaban por la llanura columnas lijeras a reconocer la situacion de los contrarios.

Si alguno de los jenerales peruanos fué de esta opinion, seguramente seria Castilla, porque los demas, segun lo oí decir entónces, estuvieron por la retirada, etc.»

Esta misma relacion la oimos manifestar al jeneral Búlnes en la intimidad de su hogar, única parte donde se permitía dar rienda suelta a su memoria i a sus recuerdos.

El ilustre jeneral Cruz contaba con su minuciosidad ordinaria, en los últimos años de su vida, lo sucedido en el campo de San Miguel.

«Seis dias ántes de la batalla, decia, fui atacado de una fiebre. Dos días antes de que se diera, vino Búlnes a verme; yo me encontraba todavía en cama, aunque ya estaba curado i Manuel (Búlnes) me preguntó cómo estaba. Le respondí, bien.—Como es tan desconfiado no me creyó i abrió la ventana de mi dormitorio para cerciorarse del estado verdadero de mi salud. Me miró la cara, me examinó los ojos con una minuciosidad que me molestó, i cuando estuvo seguro de que estaba en mi juicio, de que la fiebre habia pasado, cerró la puerta del cuarto i me dijo: José María, tú conoces nuestra posicion i deseo que me digas si piensas que debemos buscar a Santa-Cruz en sus posiciones para darle la batalla o que debemos retirarnos. Debemos hacer lo primero le respondí sin perder tiempo.—Lo mismo queria él que se hiciera, i entónces me dijo: pero es preciso esperar a que tú puedas concurrir. Yo le repliqué que podia hacerlo en el dia, etc.» «En el consejo, Gamarra i todos los peruanos opinaron por la retirada; ni él ni yo dimos nuestra opinion, pero tomamos todas las medidas para que la batalla tuviera lugar al dia siguiente.»

Esta relacion, escrita por uno de los oyentes, nos ha sido confirmada en toda su parte sustancial por don Anibal Pinto, que oyó repetírsela varias veces a su suegro, el jeneral Cruz.

El error de concepto que sufrieron el jeneral Gamarra i sus distinguidos auxiliares no afecta su justa nombradía, ni su reputacion militar. No valia, pues, la pena de que el canónigo don Juan Gualberto Valdivia, que ha escrito un libro de historia, con el esclusivo objeto de falsearla, supusiese que el jeneral Castilla concibió la idea de asaltar a Santa-Cruz en Yungai; que Gamarra se adhirió a ella, i que siendo como era, director de la guerra, Búlnes no tuvo mas que hacer, sino «ceder gustoso.»

Al mismo tiempo se llenaban las vacantes de los oficiales muertos o heridos en Buin, con los chilenos, que guiados por su patriotismo, soportaban voluntariamente las privaciones de la campaña, siguiendo los pasos del ejército. Entre otros se incorporó en esos días, en las filas del Portales, en calidad de subteniente, el antiguo oficial del Maipo don José Antonio Campos, «en consideracion (dice el decreto) a su brillante comportamiento en la accion de Llata.»

Por fin en la tarde del 19 de enero, el jeneral Búlnes, montado en el hermoso caballo, que el gobierno de Chile le envió en recompensa de Guías, se presentó a su ejército, que estaba formado al frente de las casas de San Miguel i lo arengó diciéndole: que el jeneral Santa-Cruz habia ofrecido volver vencedor a Lima el 24 de enero i que estando para concluir el plazo, se habia resuelto a ponerlo al día siguiente en situacion de cumplir su promesa. Un grito unisono, espontáneo, de ¡Viva Chile! ¡Viva el jeneral Búlnes! fué la contestacion de la tropa.

Los jefes de cuerpos recibieron, esa misma tarde, la orden de estar prontos para marchar al día siguiente a Yungai. Aquella noche todo quedó preparado para la batalla que debia librarse al siguiente día i en que se habia de decidir la libertad del Perú i la existencia de la Confederacion Perú-Boliviana.

El 20 de enero, las bandas de música rompieron a diana tocando la cancion nacional de Chile i simultaneamente los batallones tomaron la colocacion que se les habia asignado, excepto el Aconcagua, que fué enviado a la vanguardia, miéntras el resto del ejército, fraccionado en divisiones, mas honorarias que efectivas, seguia sus pasos en un orden metódico i regular.

Ya hemos dado una idea jeneral del valle de San Miguel Restanos solo echar una mirada al sitio que va a servir de campo de batalla, i a las principales posiciones del enemigo. La vasta llanura de dos leguas de largo que media entre el rio de Ancach i el pueblo de Caraz, i que está encerrada en toda su estension entre el Santa i la cordillera, estaba a la sazón dividida en dos predios que se llamaban de San Miguel i de Panyan. Las cerranías de la cordillera, que son bastante elevadas, se agachan delante de las majestuosas alturas del segundo cordon, entre cuyas cimas, destaca su cabeza nevada el volcan de Huantucan.

Los cerros situados a la izquierda del valle se unen i escalonan entre si.

El de Punyan, uno de los principales, se comunica por sus faldas con el Pan de Azúcar, el que a su vez se unia con el de Ancach, situado a un costado de las posiciones de Santa-Cruz, por los caminos que con ese objeto se habian practicado en sus faldas.

El cerro de Pan de Azúcar, llamado así por su perfecta analogía con el objeto de su nombre, dista quince cuadras mas o ménos del cauce del Ancach, i por consiguiente, de la línea de batalla del Ejército Protectoral. Su formacion escepcional es un capricho de la naturaleza, que parece haberse injeniado en revestir a ese valle con el doble atavío de la hermosura i de la grandeza.

El jeneral Santa-Cruz habia establecido sobre la cima de los cerros un cordon de tropas, que formaba hasta cierto punto una division independiente por tener su base i centro de accion en el cerro de Pan de Azúcar, donde permanecia el jeneral Quiroz con 3 compañías.

Otra compañía, la del núm. 1 de Bolivia, mandada por el capitán Peña, se situó en la altura de Punyan, i otra mas, ocupaba la quebrada que la separa del Pan de Azúcar, con el objeto de proteger la retirada de Peña, hasta la cima del escarpado cerro que le servia de base.

De este modo Punyan i Pan de Azúcar formaban entre sí un cordon militar i estratéjico cuya base de apoyo era la columna lijera de Quiroz, siéndolo a la vez de esta el Ejército Protectoral, situado al pié de la montaña de Ancach. El cuartel jeneral enemigo se comunicaba con el Pan de Azúcar por los senderos de los cerros, entre cuyas hendiduras nace el torrente de Ancach.

El Pan de Azúcar es hasta cierto punto inaccesible. En sus faldas escarpadas no hai un camino para llegar a la cima, sino angostos senderos, que desaparecen de trecho en trecho. Hai momentos en que no es posible avanzar de pié i en que los soldados inmortales que lograron escalarlo, tuvieron que apoyarse en sus fusiles o tomarse unos a otros, para no rodar en el abismo. Domínalo una planicie pequeña, rodeada de trin-

cheras, donde estaba instalado el jeneral Quiroz con sus fuerzas. (1)

La altura de Punyan es mas accesible que la de Pan de Azúcar, pero tan elevada como ella. En el fondo del valle habia unas viviendas de campo, con anchos corredores segun la antigua costumbre española.

El Pan de Azúcar está situado a 2 kilómetros, mas o ménos, de las posiciones que habia adoptado Santa-Cruz, i separado de ellas por el torrente de Ancach, que felizmente para el ejército

(1) Hé aquí como describe el campo de San Miguel el distinguido coronel Prieto.

«Del cordon de cerros que teníamos sobre nuestro flanco izquierdo i se estiende de sureste a noroeste, formando el primer plan de la alta Sierra Nevada, que es la continuacion de la cordillera de los Andes, se desprende el torrente de Ancach, el cual corre de noreste a suroeste, i va a desaguar en el rio Santa, que a su vez corre mas o ménos paralelamente a aquel cordon de cerros, i cubria por consiguiente nuestro flanco derecho, como ya lo he indicado, encerrando el estrecho espacio medianamente llano i dominado por el Pan de Azúcar, en que se desplegaron nuestras fuerzas. El terreno de Ancach se precipita por el fondo de una ancha i profunda quebrada, cuyas orillas son sumamente escarpadas. Este se pasaba por un puente rústico, colocado en frente del camino real, pero que el enemigo habia tenido cuidado de destruir con anticipacion, practicando mas arriba varios senderos para el pasaje de sus tropas, i por los cuales pasaron los batallones bolivianos 3.º i 4.º de la Guardia, con el propósito de proteger su pobre division del Pan de Azúcar, lo que no pudieron conseguir, porque fueron valiente i vigorosamente rechazados por el Portales, el Valparaiso i el Colchagua, ayudados en tiempo por el Aconcagua, que acababa de hacer su descenso de la montaña de Punyan por el lado opuesto, i los bolivianos se vieron así casi entre dos fuegos.

«Para acabar de describir a Ud. el infernal terreno en que tuvo lugar lo que, hace hoi 38 años, se ha llamado la batalla de Yungai, agregaré que a nuestra retaguardia no nos quedaba, en caso de un descalabro, mas refujio que el campamento i el pueblo que acabábamos de dejar. Después de esto, i una vez vuelta la espalda al enemigo, no habríamos tenido delante de nosotros sino el desierto a que ya me he referido; a la derecha una cadena de altas montañas; a la izquierda el Santa, rio caudaloso e invadeable; por todas partes las galgas i el palo cobarde de los indios, i en fin, el hambre, la fatiga, la miseria, la muerte. Así es que esta consideracion, la idea sola de la situacion, tanto mas horrible que los destrozos i los estragos del campo de batalla, que la suerte adversa de las armas nos reservaba; esta idea que en esos momentos preocupaba tanto el espíritu del jeneral como el del último soldado, nos hizo formar a todos el propósito de morir peleando, ántes que ir a ser víctimas del hambre o mártires de la cobardía i del salvajismo de los indios. I en efecto, vencidos, los serranos nos habrian muerto a palos; vencedores, nos recibieron en Yungai en la tarde del 20 de enero con la mesa puesta i llenos los mates de chicha. Las jentes tímidas e ignorantes de la Sierra, se echaban de rodillas a nuestro paso, pidiéndonos perdon, porque temian que las fuésemos a matar. ¡El chileno no profanó nunca su espada en la sangre del habitante indefenso!»

chileno, no venia ese dia caudaloso, i cuyo profundo cauce tiene próximamente 15 metros de altura. El barranco del Ancach, constituye de por sí una barrera casi insuperable, i en todo caso un obstáculo poderoso para la retirada de un ejército que lo ponga a su retaguardia.

Entre el rio i las posiciones de Santa-Cruz, habia una planicie, que fué el campo de batalla, cerrada de un lado por el Santa, del otro por las faldas de los cerros, al frente por el Ancach, i abierta solamente en su fondo que da acceso al pueblo de Yungai, por donde pudieron salvarse los restos desorganizados del ejército enemigo.

En esa llanura de tres cuadras de ancho por cinco de largo, mas o ménos, se empenó la batalla de Yungai. El torrente de Ancach, es intransitable para la caballería, a no ser por un sendero estrecho, practicado en el lugar donde se arroja en el Santa, i la infantería misma, encontraria dificultad para atravesar el áspero barranco que encajona el lecho de sus aguas.

El Ejército Protectoral, que tenia escalonada una columna de cazadores de 600 hombres en las crestas de Punyan i de Pan de Azúcar, tenia su línea de infantería protegida por *pircas* de piedra; apoyada su derecha en el cerro de Ancach, su izquierda en el Santa i su retaguardia en el pueblo de Yungai. En medio de sus cuerpos desplegados en batalla, habia tres piezas de artillería, i en una eminencia, situada en las primeras faldas del cerro, otra pieza mas, que dominaba con sus fuegos el Pan de Azúcar i la hacienda de Punyan.

Los cuerpos de infantería se habian desplegado a lo largo de los parapetos en la forma siguiente. Componian el ala derecha los cuerpos bolivianos o sea la division de Herrera, i la izquierda la division peruana del jeneral Moran. El batallon núm. 3 de Bolivia, mandado por el jeneral don Pedro Bermudez, ocupaba lo que podriamos llamar la estrema derecha de la línea, apoyando uno de sus flancos en el cerro de Ancach: el núm. 4, puesto a las órdenes del valiente coronel don Feliciano Deheza se apoyaba en el núm. 3 por un lado, i en la artillería del coronel Pareja por el otro. El resto de la division o sea los batallones núm. 1 i núm. 2; mandado éste por don Mariano Sierra, i aquel por el coronel don Fructuoso Peña,

sobrino de Santa-Cruz, formaban la reserva del ala derecha, que permanecía a corta distancia de las trincheras.

El ala izquierda mandada por el jeneral don Trinidad Moran, compuesta de los cuerpos peruanos de su division, tenia desplegados en su primera línea tres batallones, protegidos por parapetos como el ala boliviana.

En su derecha, i apoyándose en la artillería de Pareja, que separaba por mitad las dos divisiones, estaba el batallon Ayacucho, mandado por el entónces coronel i mas tarde jeneral i presidente de Bolivia, don Agustin Morales; a su izquierda medio batallon Pichincha, porque la otra mitad habia salido en los dias anteriores, a las órdenes del coronel Carrasco, para interponerse entre Santa i Caraz i cortar así la retirada de los fujitivos i vencidos de Yungai! A la izquierda del Pichincha estaba el Arequipa, a las órdenes de su jefe don Jil Espino, apoyándose en el rio Santa. El batallon Cazadores del Centro a las órdenes del comandante don José Gabriel Telles, formaba la reserva de la division de Moran.

En el fondo de esta línea, i a una distancia equivalente de las dos divisiones permanecía la caballería, mandada por el jeneral Perez de Urdininea i detras de los dos hermosos regimientos de Lanceros i de la Escolta, se habia situado el jeneral Santa-Cruz, en una posicion que le permitia observar el cuadro jeneral de la batalla i atender con la eficacia i prontitud necesaria al cerro de Pan de Azúcar, en que permanecía Quiroz con su division lijera.

El Ejército Restaurador a su vez, salia del campamento de San Miguel, distribuido en cuatro divisiones mandadas por los jenerales peruanos. Componiase la primera, o sea la de vanguardia que estaba a las órdenes de Torrico, de ocho compañías lijeras de infantería i de un escuadron de Cazadores; la segunda mandada por Elespuru de los batallones Carampangue, Portales, Cazadores del Perú i dos piezas de artillería; la tercera, a las órdenes de Vidal, de los batallones Colchagua, Valparaiso i Huaylas con seis piezas de artillería, i la cuarta o sea la caballería cerraba la marcha a las órdenes del jeneral Castilla. Sobre todas estas divisiones permanecía el jeneral Cruz, en calidad de jefe de estado mayor, i Búlnes como jeneral en jefe.

Esta distribucion no duró sino el espacio comprendido entre San Miguel i Yungai, i el ejército combatió por cuerpos i no por divisiones.

Cuando los primeros redobles de tambor, batian la marcha del ejército, el dia 20 de enero a las cinco de la mañana, el jeneral Santa-Cruz organizaba su línea en la forma que hemos descrito, i el jeneral Quiroz, jefe de su division avanzada se aprontaba para resistir a los primeros esfuerzos del enemigo.

La situacion adoptada por los dos ejércitos era sumamente desproporcionada. Santa-Cruz ocupaba dos posiciones elevadas, Punyan i Pan de Azúcar, fortificadas de antemano, i provistas de todo lo necesario para una larga defensa. El resto de su ejército estaba defendido por una triple barrera: primero por el Pan de Azúcar, desde donde Quiroz podia embarazar la marcha de nuestras columnas i cortar su retirada: en seguida por el áspero i elevado barranco de Ancach, i en tercer lugar por sus fortificaciones, que si no eran bastante poderosas para resistir al fuego de artillería, era todo lo que se necesitaba para los batallones de infantería.

El número de ambos combatientes tampoco guardaba proporcion entre sí. Santa-Cruz tenia ocho batallones, que componian en su totalidad 6,000 hombres a lo ménos (1), i Búlnes seis batallones chilenos, ascendentes, entre oficiales i soldados a 4,467 hombres, fuera de dos cuerpos peruanos de reclutas,

---

(1) El jeneral Herrera dice en los Apuntes que hemos citado, que Santa-Cruz tenia 4,900 hombres en Yungai. Por mas respetable que sea la opinion de Herrera, atribuimos este dato al deseo de cohonestar una derrota que afecta su crédito militar, el honor de su causa i de su país.

Santa-Cruz en su Manifiesto solo confiesa haber tenido a sus órdenes ese dia 4,052 hombres, dato mas inexacto aun que los cálculos de Herrera. Búlnes dice en su parte oficial que las fuerzas de Yungai, sin contar con los 600 hombres de Quiroz, ascendian a 5,500, lo que hace un total de 6,100, para todo el ejército. Es de suponer que este dato le haya sido comunicado por los prisioneros.

Su ejército no podia bajar de 6,000 hombres. Tenia 8 batallones, que venian de su base de recursos, i que es consiguiente tuvieran su dotacion casi completa: dos rejimientos de caballería que ascendian a 650 hombres, i 5 baterias de artillería, que necesitaban, a lo ménos para el servicio de sus piezas, 200 hombres. Calculando en 650 plazas la dotacion de cada batallon, número bajo evidentemente, tendríamos en 8 batallones 5,200 hombres. Agregando la caballería i la artillería serian 6,050, i añadiendo a esto los oficiales tendríamos con exeso el número de 6,500 hombres.

Elespuru permaneció en el fondo del valle observando desde la distancia su prodijioso ascenso.

Ya conocemos los distinguidos antecedentes militares del comandante Valenzuela, i su sola designacion para ejecutar tan atrevida empresa, manifiesta el concepto que merecia al jeneral en jefe.

La columna que atacó el Pan de Azúcar se componia de 4 compañías de cazadores, mandadas por sus respetivos capitanes: la del Carampangue por don Guillermo Nieto; la del Santiago por don Manuel Tomás Tocornal; la del Valparaiso por don Nicolas Sanchez i la sesta compañía del batallon Cazadores del Perú. Acompañaba al Carampangue i especialmente al capitan Nieto, la *sarjento Candelaria*, que llegaria a la cima, alentando a sus compatriotas en la medida de su valor, de su caridad i de su entusiasmo.

A las 9 de la mañana la columna aguardaba al pié de Pan de Azúcar la voz de mando que debia precipitarla al asalto.

A esa hora el jeneral Búlnes le dió orden de principiar el ataque contra las 5 compañías que, bajo las órdenes de Quiroz i del coronel Guilarte, permanecian en la cima. Inmediatamente el valeroso Ugarteche derribó de un balazo la mula que montaba, diciendo *que si era vencido no queria huir i si vencedor tendria muchas mulas!*

La columna se dispersó alrededor del cerro por todos los costados que miraban al valle ocupado por el ejército chileno, i un momento despues, ejecutaba esa asombrosa ascension, que provocó la admiracion de sus mismos oponentes.

El enemigo, atrincherado en la cima, lanzaba enormes piedras (*galgas*), que rodando por la ladera, arrastraban consigo a los asaltantes. Al mismo tiempo hacia un vivísimo fuego sobre los soldados chilenos, que trepando sus faldas casi perpendiculares, en medio de un sol abrasador, estaban obligados a arrastrarse sobre sus manos i piés, apoyándose en sus fusiles.

Las compañías avanzaban, sin embargo, sin que nada amenguase su esfuerzo i resolucion. Su ilustre jefe, el comandante Valenzuela, las animaba a continuar, exitándolas con el ejemplo de su propia osadía. Los soldados, vencidos por la fatiga i por el sol, continuaban su marcha, sin prestar atencion a la

superioridad de los contrarios, sino a las inspiraciones de su patriotismo i valentía.

En estas circunstancias, una bala tronchó la existencia del comandante Valenzuela, que rindió allí mismo al cielo su alma enérgica. Sucedióle el sarjento mayor don Andres Olivarés, que la condujo a la carga con el mismo esfuerzo que su predecesor, siendo tambien muerto como él. Las compañías, obedeciendo la voz de sus respectivos oficiales, llegaron por fin a la cumbre de ese cerro, cuyos bordes destilaban la preciada sangre de tantos ilustres chilenos. Trabóse allí la lucha con nuevo ardor i mayor resolucion; cruzáronse las columnas a la bayoneta; peleóse con un encarnizamiento de que la historia presenta raros ejemplos. Las compañías chilenas, diez-madas todas, reducidas algunas a poco mas de la mitad de su número, muertos en otras casi todos sus oficiales, mandadas algunas, como la del Carampangue por su sarjento 2.º, por haber perecido todos sus superiores jerárquicos, se enredaron en lucha desesperada con los soldados de Quiroz, que se entregó a la fuga despues de una resistencia valerosa.

Entre tanto el sarjento del batallon Valparaiso, José Segundo Alegría, precipitándose a las trincheras en lo mas recio del fuego, clavó la bandera de Chile en esa posicion defendida i disputada con tanto heroismo. (1)

Los que no murieron en la cima cayeron en la ladera. Atondrados con la derrota, los soldados bolivianos, huian en todas direcciones i se precipitaban a carrera tendida por las escabrosas faldas del cerro. Algunos rodaban por la pendiente; otros morian aplastados por las piedras que los vencedores arrojaban sobre ellos, como ellos lo hicieran hace un momento con los asaltantes, i el resto caia bajo los fuegos de los soldados que les apuntaban por la espalda. Así murió el jeneral Quiroz, pero no fusilado por la espalda, sino de frente, con la muerte digna de un soldado i de un valiente.

El cerrillo, que era hace poco el adorno del valle, transformado por un momento en el teatro de un sangriento combate cuerpo a cuerpo, pasó a ser el sepulcro de 550 bolivianos, del

---

(1) Se nos asegura que este hombre, que con justicia podemos llamar ilustre, vive pobre i en clase de sarjento en el puerto de Constitucion.

jeneral Quiroz i de un gran número de chilenos que compraron con sus vidas la gloria de esa jornada.

El episodio de Pan de Azúcar terminó a las 10 de la mañana, mas o ménos. A esa hora la primera posicion estaba vencida, i el enemigo intimidado con el espectáculo sangriento que se habia ofrecido a su vista.

Santa-Cruz, que observaba el combate desde la reserva de sus posiciones, se resistia a la evidencia, riéndose de los que le insinuaban el temor, de que esa altura pudiera ser tomada. Atemorizado, sin embargo, al ver la perseverancia coronada de éxito de las compañías chilenas, se apoderó de su espíritu una preocupacion sombría, que lo dominó durante toda la batalla.

Mientras la columna de Valenzuela immortalizaba su nombre i su heroismo, salió de las posiciones bolivianas, en proteccion de Quiroz, el batallon núm. 4 dividido en dos trozos, mandados por Belzu i Deheza.

El jeneral Búlnes, que permanecia entre tanto en la llanura, asistiendo como simple espectador al desenlace del combate del cerro, envió contra el batallon núm. 4, que acababa de pasar el Ancach, al batallon Colchagua a las órdenes de Urriola. Este ocultó su tropa detras de unos matorrales espesos que cubrian la llanura, i cuando el enemigo estaba a corta distancia hizo una descarga cerrada, que despedazó sus filas.

Sea dicho en honor de ese cuerpo, que a pesar de que ese disparo repentino destrozó sus valerosos cuadros, se detuvo inmóvil i arrogante en el mismo sitio donde acababa de dejar una tercera parte de su tropa. Un momento despues se precipitó sobre el Colchagua, a la bayoneta, i lo hizo vacilar, lo que determinó la partida de 5 compañías del Portales, que marcharon en su defensa. El capitan don José Miguel Aranda, que mandaba la 1.<sup>a</sup> compañía, fué tambien el primero que venciendo todos los obstáculos, arremetió contra el núm. 4. El ataque simultáneo de los dos cuerpos puso en fuga al batallon boliviano, que lanzándose al barranco del Ancach, revuelto con sus perseguidores, condujo puede decirse, los batallones chilenos, a sus posiciones de Yungai.

El Carampangue fué el primero que se precipitó al foso que sirve de lecho al torrente i que trepó su borde opuesto con su-

ma dificultad. Siguiéronle sucesivamente el batallon Colchagua, el Portales, el Aconcagua, el Valdivia, Cazadores del Perú que tenia 380 plazas, i medio batallon Huaylas. Desde ese momento se empeñó la batalla jeneral con gran enerjia por ámbas partes.

Los batallones chilenos enfrentaron las posiciones enemigas i desplegaron sus columnas apoyando su derecha en el río Santa, i su espalda en el Ancach. La reserva compuesta de los batallones Santiago, Valparaiso, de la otra mitad del Huaylas i de la caballeria, permaneció en el opuesto lado del barranco aguardando el momento de entrar en accion.

Puestas así frente a frente las dos líneas, comenzaron a cruzarse los fuegos de artillería i de fusilería con una actividad aterradora.

Nuestros batallones soportaban a pié firme la lluvia de balas que partia de los parapetos i a pesar de su situacion desventajosa, no cedian un palmo de terreno, de ese campo que comenzaba a cubrirse de cadáveres.

El campo de batalla se habia convertido en teatro del mayor encarnizamiento i del mas ciego furor. Las filas de los dos ejércitos estaban diezmadadas: ilustres víctimas habian caido en los dos campos, i los soldados chilenos, que arrostraban el peligro a pecho descubierto, llevaban la peor parte en ese torneo sangriento.

Contribuyó en gran manera a mantener la unidad de sus filas, la mala direccion de la artillería boliviana, cuyas balas pasaban por alto del ejército sin ofenderlo. Del mismo modo puede asegurarse que el éxito de la batalla de Yungai, se debió en gran parte a la precision de disparos del comandante Maturana, uno de los mas valientes soldados del ejército de Chile, que cuenta tantos nombres ilustres en sus anales. Maturana dirijía por sí mismo las piezas de cañon situadas en medio del valle e introducía la turbacion i el desórden en las filas contrarias.

Durante gran parte de la batalla no se hizo alteracion notable en las filas. Los movimientos se reducian al paso de un cuerpo a la primera línea, o al retroceso de otro a la segunda. El jeneral Cruz dirijía ordinariamente esas operaciones peligrosas, conduciendo los batallones a la situacion que les asig-

naba el jeneral Búlnes, con la altiva i fria serenidad, que era el distintivo de su valor.

El jeneral Cruz, fué el auxiliar mas poderoso que tuvo Búlnes en la batalla de Yungai. El valiente jefe permaneció en lo mas récio del combate, haciendo guardar el órden de las filas, indicando los puntos débiles del enemigo, retirando a veces personalmente un cuerpo demasiado comprometido para reemplazarlo por otro, en una palabra, atendiendo con su prolijidad, con su intelijencia i con su valor, a las necesidades de la lucha.

El jeneral Búlnes, a su vez, recorria la línea como Cruz alentando el ardor de sus soldados, recorriendo los puntos débiles, forzando, se puede decir, la valerosa resistencia de ese ejército, que se batia sin desmayar a costa del cansancio i del enemigo.

Gamarra no asistió al campo de batalla sino en los primeros momentos. Montaba un hermoso caballo colorado i vestia una capa de terciopelo rojo, bordada de oro que habia pertenecido a los Virreyes del Perú. Si hubiese permanecido en el combate, su traje resaltante habria sido el blanco de los contrarios, i muerto él, el ejército chileno se habria encontrado al dia siguiente de su triunfo sin autoridad nacional que centralizase el poder público.

Búlnes pidió a Gamarra que se retirase de la batalla, i aun llegó a manifestarle que no permitiria que se quedase allí, porque si perecia en el combate, el Perú interpretaria su muerte como un hecho intencional para colocarse en su lugar, i en ese caso Yungai léjos de ser el último dia de la guerra, seria el primero de otra mas larga i desastrosa.

Gamarra cedió a estas consideraciones i se retiró al otro lado del Ancach, donde permaneció en la reserva al lado del comandante Sessé, que se complacia en recordar, 30 años mas tarde, la tranquilidad i la fé en la victoria que no le abandonó un solo momento.

El resto de los oficiales peruanos se batia en dispercion al frente de los diversos cuerpos, sobresaliendo entre los mas valiente los coroneles Deustua i Frisancho. Estos jefes que mandaban los dos cuerpos peruanos que tomaron parte en el combate, eran los únicos que tenian mando efectivo.

Las divisiones formadas en San Miguel se habian despedazado, desde que la columna de Cazadores marchó al asalto de

Pan de Azúcar, i principalmente desde que los cuerpos se dispersaron, dirigidos por sus coroneles, para arrojarse al torrente, despues de la fuga de las fuerzas bolivianas que venian en auxilio de Quiroz. En el campo de Yungai no hubo para nuestros soldados mas voz de órden que la que recibian de Búlnes por intermedio de Cruz, ni mas jefes que los respectivos comandantes de sus batallones. Esto no impidió que los oficiales peruanos, se batiesen de un modo distinguido, pero como agregados i no como jefes.

A las 2 i media de la tarde, mas o ménos, el batallon Portales, avanzado de la línea, que soportaba desde hacia cinco horas, como los demas cuerpos, el fuego incesante del enemigo bajo un sol abrazador, empezó a ceder. Diezmadas sus filas, abrumado por el fuego i el cansancio, el arrogante cuerpo habia empezado a batirse en retirada, cuando el batallon núm. 3 de Bolivia, mandado por el jeneral Bermudez, saltando de las trincheras a la pampa, arremetió contra el a la bayoneta. Los dos batallones revueltos en horrible confusion, cruzaban sus armas i se retiraban unos pocos pasos para volver a embestirse, hasta que el Portales se puso en retirada abrumado por el ataque simultáneo del núm. 3, i por los fuegos de las trincheras.

El desaliento del Portales produjo una confusion contajiosa en los demas cuerpos, que estaban tan fatigados como el, i todos juntos comenzaron a batirse en retirada.

En esas circunstancias fué cortado por un grupo de enemigos el arrogante oficial don Matias Aguirre, que estaba siempre de los mas avanzados en el peligro. Acosado por los contrarios que le exijian que se rindiera, Aguirre, dando grandes voces de *¡Nó me rindo canallas!*, se defendia contra ocho hombres mas o ménos, que querian ultimarle.

Durante la lucha quebró su espada, i siguió defendiendose con el mango; pero un momento despues, i habiendo ya trascurrido cerca de 5 minutos, fué aprehendido i salvado, por el ayudante don Juan Francisco Herrera, sobrino del jeneral del mismo nombre.

En esos momentos la caballería boliviana, que habia permanecido en la reserva, movió sus cuadros compactos sobre el campo de batalla con intencion de cortar al ejercito chileno, al

mismo tiempo que los batallones contrarios bajaban a la llanura a atacarlo de frente. Fué ese el momento mas crítico del combate, el eje del drama que costaba torrentes de sangre. De su solución dependia el éxito de la lucha i de la campaña.

En esas circunstancias, el jeneral Búlnes dió orden de atravesar el barranco al batallon Valparaiso, a cuya presencia el Portales recobró nuevo aliento, prorrumpiendo en exclamaciones de *viva Chile, vivan los primos!* que así llamaban a los soldados del Valparaiso por haberse formado ambos cuerpos de los cuadros disueltos del rejimiento Maipo.

Casi al mismo tiempo pasaban el Ancach, el batallon Santiago, i el medio batallon Huaylas, que apoyaron los esfuerzos del Carampangue.

El Valparaiso se interpuso entre las fuerzas chilenas que se replegaban al Ancach i las tropas bolivianas que movian sus cuadros ufanos sobre el campo de Yungai. Su intrepidez, para resistir al ataque combinado de las fuerzas enemigas, restableció en nuestro favor las condiciones de la lucha. Las tropas bolivianas detuvieron su marcha i los contrarios, repuestos de su pasajero desaliento, volvieron con nuevos bríos al combate.

Un momento despues le seguia en su paso peligroso la caballería, que habia permanecido todo el dia en acecho del otro lado del torrente, a guisa del leon que observa desde su posición elejida la marcha i los movimientos de su víctima. Mandábala el coronel don Fernando Baquedano, que aguardaba impaciente desde hacia seis horas esa voz de carga, que no se dejaria repetir dos veces.

Búlnes, que habia conducido al batallon Valparaiso a su glorioso puesto de peligro, repasó nuevamente el Ancach i fué entónces, cuando poniéndose a la cabeza de la caballería, se precipitó de salto al profundo cauce que la separaba del enemigo. Los soldados lo siguieron de uno en uno, i apenas se habia reunido en la opuesta ribera el primer escuadron de Cazadores, cuando el coronel Baquedano, llevado de su temeridad, se lanzó con él a la carga contra todas las fuerzas enemigas.

Refiérese que el jeneral Cruz, que dirijia en su calidad de jefe

del estado mayor los movimientos de los cuerpos, quiso evitar ese ataque tan infructuoso como heróico, pero que contestándole Baquedano que cargaba de órden del jeneral en jefe, el frio i valiente soldado se cubrió la vista con las manos para no presenciar la horrible matanza de ese puñado de valientes.

El choque fué espantoso. Los Lanceros de Bolivia i la Escolta de Santa-Cruz destrozaron al escuadron chileno, que se puso en retirada.

Rehecho en las orillas del Ancach, donde se encontraban reunidos, los dos escuadrones de Cazadores, el de Lanceros, el de Carabineros de la Frontera i el de Granaderos, Baquedano marchó con todos ellos a la carga.

En esos momentos el teniente de Carabineros don Rosauro Gatica, cuyo nombre no es la primera vez que mencionamos con honor en estas pájinas, precipitándose al medio del peligro, levantó en el aire en la punta de su lanza a un oficial superior del enemigo, lo que alentó a sus soldados que respondieron con un enérgico *viva!* a ese acto de heroismo. Entretanto Baquedano, que habia sido herido en la primera carga pero que no desmayaba, buscaba al coronel Lara comandante del rejimiento de Lanceros de Bolivia, provocándolo en alta voz a combate singular.

Ya que recordamos estos actos de supremo heroismo no debemos silenciar los nombres de los capitanes de Lanceros don José Antonio Palacios i don Cipriano Palma, que arremetieron contra el enemigo con un entusiasmo que causó la admiracion del jeneral Cruz, que secundaba valerosamente estos movimientos temerarios.

Baquedano, puesto al frente de toda la caballería, cargó por segunda vez contra el enemigo que lo aguardaba formado en línea, con una arrogancia digna de mejor suerte, i su ataque fué tan récio que la caballería boliviana, fué a apoyarse en desórden en su infantería que permanecia a corta distancia. Un tercer ataque mas obstinado que todos los anteriores puso fin a esa escena de tenacidad i de heroismo, que se representaba desde hacia seis horas.

Baquedano, abriéndose un claro de cadáveres al traves de las filas de la infantería, fué a detenerse en la reserva que estaba

situada a retaguardia. Los caballos fogosos i enardecidos derribaban cuanto encontraban a su paso i desorganizaban las filas. Los enemigos, atacados por todas partes, no pensaron en resistir, sino que evitando como podian los golpes mortíferos que recibieran por do quier, corrieron a refugiarse a sus trincheras.

Allí intentaron prolongar la defensa, pero los batallones chilenos saltando los atrincheramientos sin disparar un tiro, los arrojaron a la bayoneta de esas murallas, que les habian servido de abrigo durante todo el día.

El jeneral Santa-Cruz huyó del campo de batalla, entregando a su propia suerte los restos desorganizados de su valiente ejército.

En ese momento de suprema angustia solo tuvo tiempo para decir al jeneral Herrera, que volase a Chile a terminar la guerra por un tratado. No le fué dado, empero, satisfacer ese postrer deseo, porque los acontecimientos se encargaron de terminar con estrépito la obra comenzada en Ancach. Sus tropas sin unidad, sin plan i sin cabeza tomaron un momento despues el camino de Yungai, cuyos habitantes presenciaron la fuga i aprehension de ese ejército, que se mostraba hacia poco tan ufano i confiado.

Viendo el jeneral Gamarra que el ejército enemigo se retiraba en confusion, lanzó al aire su sombrero de dos puntas, gritando, en medio de su escolta, *Viva el gran mariscal de Ancach!* título con que fué conocido, desde ese día, el jeneral Búlnes en el escalafon del Perú.

Apénas terminaba la batalla, cuando el jeneral en jefe redactaba de carrera la primera noticia de su triunfo que envió a Chile con el coronel Urriola i una proclama a su ejército, en que no se encontrará como de costumbre una sola injuria a su enemigo vencido.